

Nobleza



Esa noche estaba acostada y la cara blanca, dulce y sonriente de mi abuela Mamalicia se me apareció. Ella como un dulce ángel se sentó a mi lado y con ternura comenzó a acariciarme el cabello y decirme cosas tiernas. Cada vez que su mano me tocaba una luz color naranja me acariciaba y me transmitía energía. Su mirada era intensa, insistente, como si quisiera captar toda mi atención y que cada palabra que pronunciara se fijara en mi mirada, y más profundo, en mi memoria. Estaba ricamente vestida y sus labios se movían con una gran precisión pronunciando cada palabra con gran aplomo, firmeza y a la vez ternura.

Comenzó a contarme un cuento. Me dijo, ves esta caja llena de anillos de oro. Escoge uno para ti. Con cuidado y atención comencé a probármelos hasta que uno de ellos me calzó. Era un anillo muy sencillo, liso y con un pequeño brillante y un rubí engastados. No era ostentoso, era hermoso. Seguidamente me dijo, tómallo en tu mano, obsérvalo al trasluz, pero desde dentro del anillo, por las ranuras de oro del engaste. Eso hice. Me preguntó, ¿qué ves? Y le respondí, veo como la luz atraviesa la piedra y se desparrama en miles de gotitas que bañan cada rincón como si fuera rocío. Es decir, que la piedra generosamente no encierra la luz que la atraviesa, sino que la multiplica para que llegue a todas partes. ¡Si! Respondí llena de entusiasmo y alegría, así es Mamalicia. Es hermoso, sobre todo esa combinación de colores blanco cristalino con rojo vino, que son tan llenos de vida. Si y así debe ser tu vida, luz para compartir. No para atesorar y que

más nadie la pueda disfrutar. La luz puede venir en forma de recursos materiales, o de cultura, o de cualquier cosa que permita el crecimiento de quienes te rodean. La luz que se comparte y desparrama para dar alegría y beneficio al que tienes cerca se equipara a lo que se denomina desde las épocas aristotélicas, la aristocracia, que asume una labor social y cree en la libertad. Eso sólo puede darse si las piedras engastadas son de buena calidad, están talladas por artistas y tienen el tamaño adecuado para no ser ostentosas. Toma otro anillo. Acto seguido continué hurgando y tomé un anillo grande y barroco con una piedra verde engastada, chata. Haz lo mismo, me indicó Mamalicia, y cuéntame que ves. Hice lo propio y le conté no veo nada, no hay luz, no parece salir nada de allí. Si, me dijo. Así es. De esa piedra sólo puede salir oscuridad, ella quiere refulgir, pero no tiene como, no tiene de donde asirse pues ha sido mal tallada y está convencida de su propio brillo sin de veras tenerlo. Es como la oligarquía que busca perpetuarse para manejar eternamente el poder. De pronto me di cuenta que sin querer había metido mi anillo de matrimonio en la caja y no lo podía recuperar, y me asusté. Abuela, mi anillo de matrimonio, se va, se confunde entre los anillos que tienes en la caja. Búscalos, me dijo ella, quizás los encuentres. Peligrosamente la caja se transformó en un salón envuelto en llamas. Era como una caja yo entraba desde arriba, las lenguas de fuego eran muy altas, su calor me abrumaba y me angustiaba, pero yo debía recuperar mi anillo y para ello debía saltar hacia ellas. Tenía mucho miedo, pero al decidirme comencé a volar. Y entonces Mamalicia me preguntó, ¿qué sientes? La miré con cara de extrañeza y me repitió la pregunta, ¿Qué sientes? Me siento muy liviana, lo eres me respondió, porque estás hecha de sentimientos nobles y pensamientos puros. Nunca te sientas ofendida por las palabras que te tildan de oligarca sin conocer la nobleza de tu origen, pero conoce tu origen, estúdialo y está orgullosa de él, puede salvarte de un salón en llamas, puede salvarte de una situación embarazosa, pero sobre todo puede salvarte de ti misma y tus angustias. Luego la cara de ella fue disolviéndose en la bruma hasta desaparecer completamente, en su lugar apareció mi propia cara sonriente, segura, liberada.